



La personalidad ejemplar de un maestro de la ciencia argentina evocada por otro maestro, cuya obra de investigación le valió, como a aquél, la consagración internacional del Premio Nobel

# Houssay

## y la investigación científica (1) Por Luis Federico Leloir

Para LA NACION — BUENOS AIRES, 1981

La desaparición del doctor Bernardo A. Houssay dejó un vacío que persiste a pesar de que han transcurrido diez años. Los universitarios y los científicos de la Argentina y de otras partes de la América latina recurrían a él para pedir consejo y recibir asesoramiento. Gracias a su larga experiencia, su sabiduría y su imparcialidad era un guía invaluable en un verdadero maestro, un investigador de primera y un administrador científico sagaz. Su prestigio y su fama fueron la consecuencia de muchos años de conducta recta, trabajo fuerte y estudio, todo sobre una base de condiciones naturales sobresalientes. Su padre, Alberto Houssay, francés, abogado y profesor de literatura, era capaz de leer largas págsimas y repetirlas de memoria. Esta virtud fue heredada por algunos de sus descendientes y en particular por Bernardo Alberto. Cuenta Abel Sánchez Díaz, quien fue su amigo desde la infancia, que cuando daba examen "el francés" — así le llamaban los compañeros de curso — ellos se reunían para escuchar la perfección con que contestaba las preguntas. La memoria sobresaliente, sumada a su inteligencia, le permitieron cursar estudios a gran velocidad. Cuando empezó la escuela primaria lo inscribieron en tercer grado, quince días después lo pasaron a cuarto y antes de un mes a quinto y luego a primer año. Fue bachiller a los trece años, obtuvo el título de farmacéutico a los 17 y el de médico a los 20, con diploma de honor. Al año siguiente fue nombrado profesor titular de Biología de la Facultad de Agronomía y Veterinaria. A los 32 años se lo designó profesor titular de fisiología de la Facultad de Medicina de Buenos Aires.

Su carrera tuvo una iniciación metódica y trabajó sin descanso durante largo tiempo. Realizó en sus 84 años de vida una tarea equivalente a la de varios hombres normales.

La pasión por la investigación científica se le despertó a temprana edad. La lectura del libro de Claudio Bernard *Introducción al estudio de la medicina experimental* lo impresionó profundamente y al parecer selló su futuro. De muchos científicos famosos se cita como mérito que fue discípulo de Galileo o de Mengano. Houssay tuvo un mérito mucho mayor, no necesitó ni un Galileo ni un Mengano. Se formó solo, prácticamente sin maestros.

Un hecho de singular importancia ocurrió en 1920, cuando tenía 33 años. Fue la creación del Instituto de Fisiología y su nombramiento como director. Este Instituto era responsable no sólo de la enseñanza de la fisiología sino también de la química y física biológicas. Fue durante muchos años el centro de investigación donde se formaron generaciones de investigadores médicos y que irradió el interés por la ciencia al resto del país. En el Instituto de Fisiología Houssay pudo realizar gran parte de la obra que le dio tanto prestigio. El Instituto funcionaba gracias al impulso que le daba su director. Los cargos para investigadores eran pocos y los medios de trabajo, escasos. La biblioteca se sostenía con la contribución mensual de cada uno de los que trabajaban en el Instituto. Hoy sería una solución inconcebible.

En el Instituto de Fisiología Houssay pudo tener más colaboradores y desarrollar con más vigor su tarea de investigación. Su tema central continuó siendo la fisiología de la hipófisis. Su trabajo más comentado consistió en extraer el páncreas en animales privados de la hipófisis. El resultado fue que no se produjo la diabetes intensa que aparece en los animales sin páncreas pero con hipófisis intacta. Por primera vez se demostró que la hipófisis interviene en la aparición de la diabetes.

Los trabajos del Instituto se presentaban en las reuniones de la Sociedad Argentina de Biología y se publicaban en la revista de esta Sociedad. Su director, que era Houssay, traducía personalmente un resumen de cada artículo para su publicación en los *Comptes rendus de la Société de Biologie de Paris*, por lo cual los primeros trabajos de Houssay y



su escuela llegaron a conocerse internacionalmente. Los perros sin páncreas y sus hipófisis fueron llamados los "Houssay dogs" y el hallazgo fue muy comentado en los centros de investigación fisiológica de la época. El jurado del Premio Nobel de 1947 fundamentó su decisión en "su descubrimiento del papel de la hormona del lóbulo anterior de la hipófisis en el metabolismo de los carbohidratos". Pero la obra de investigación de Houssay fue mucho más amplia, abarcó muchos temas y contó con la colaboración de numerosos discípulos. Mencionaré algunos de los principales colaboradores: Hassotti, Bruin Menéndez, Del Castillo, Foglia, Gershtman, Hug, Lewis, Mazzocco, Martínez, Muñoz, Orias, Potek, Rodríguez, Royer. Los temas de investigación fueron muy variados.

En el Instituto bacteriológico investigó algunos venenos de serpiente, de araña, de escorpión y de plantas. Además de la hipófisis se ocupó de la tiroidea, de la paratiroidea y del páncreas. La fisiología cardíaca y nerviosa fueron objeto de cuidadosos estudios. Dirigir a tanta gente y en temas tan variados debía ser una tarea sobrehumana. Houssay describe su conducta en la siguiente forma: "Mucho he meditado sobre las posibles maneras de trabajar. La primera consiste en aislarse, hacer una labor personal profunda e importante, que dará mayores frutos a su autor, pudiendo ser un ejemplo estimulante. La otra, la que he adoptado, consiste de enseñar y ayudar a muchos, ponerlos en contacto con la ciencia, tan seductora y hermosa, sacrificar su tiempo para adiestrar a los alumnos aun a costa de las propias investigaciones, hasta tener la alegría de verlos capaces y formados, con ideas y experiencias propias, aptos para dirigir el progreso de su país".

Un problema sobre el cual había frecuentes cuestionamientos era el de la dedicación de los profesores universitarios. En la época en que él se inició la dedicación exclusiva no existía en nuestras universidades. En gran parte gracias a su insistencia se fueron creando cargos de ese tipo. En 1940 dijo: "Esta universalmente aceptado que conviene que los profesores de materias básicas, fundamentales y científicas tengan dedicación exclusiva a la enseñanza y a la docencia. Esto es imprescindible, porque el profesor es responsable de la enseñanza teórica y práctica, debe estimular y dirigir a los investiga-

res, tiene que organizar y administrar, estudiar, cuidar de sus experimentos, y sus enfermos. Todos estos tareas son largas y absorbentes".

"Para que el full time sea verdadero es necesario concentración mental y tranquilidad, y estar a salvo de angustias económicas, no estar aplastado por tareas burocráticas o por demasiadas comisiones, encontrar un ambiente intelectual estimulante, disponer de recursos suficientes instrumentos, drogas o animales y de una biblioteca al día. Esto último es fundamental, y basta

ver que una biblioteca universitaria no esté al día para poder afirmar que esa universidad no es un centro activo de investigación."

A la par que realizaba sus investigaciones y dirigía las de sus numerosos colaboradores, se ocupaba de la enseñanza de los miles de alumnos que cursaban fisiología.

La carrera universitaria de Houssay no siempre fue tranquila y ascendente. Tuvo contratiempos y conmoviones. Una de las más grandes fue la muy comentada cesantía de 1943. Había firmado, junto con

muchas otras personalidades bien conocidas, una carta abierta muy respetuosa y razonable. La carta produjo una reacción totalmente inesperada: fue decretada la cesantía de todos los firmantes.

Houssay, a pesar de su sólido temple, se desanimó por algunos días pero pronto se recobró y junto con varios discípulos continuó su trabajo de investigación y docencia en una institución privada creada expresamente, el Instituto de Biología y Medicina Experimental. Sobreponiéndose a los inconven-

ientes y a pesar de todas sus ocupaciones científicas y docentes pudo realizar una gran obra de promoción de la ciencia. Dictó muchas conferencias sobre la importancia de la investigación científica para el progreso de un país y trató de todas formas que la Argentina tuviera un desarrollo científico más vigoroso. En particular insistió en la necesidad de más investigación científica en las universidades. Una de las iniciativas en este sentido fue la creación en 1934 de la Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias. Houssay fue uno de los fundadores y su presidente durante 23 años. Esta Asociación resultó la primera institución del país destinada a promover la ciencia. Realizó una tarea muy efectiva creando becas y auspiciando una revista. Fue además la precursora de una institución similar pero estatal y más poderosa, el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Desde pocos años antes existía un organismo estatal con fines similares pero que nunca llegó a funcionar efectivamente. A raíz de una iniciativa de la Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, cuyo presidente era Abel Sánchez Díaz, el vicepresidente de la Nación contralmirante Isaac Rojas encargó a esa academia la redacción de un proyecto. Cumplieron la tarea los doctores Houssay, Deolofu, Bruin Menéndez y Sánchez Díaz. En febrero de 1958 el presidente Aramburu puso en posesión de sus puestos a los primeros miembros del directorio. Poco después éste se reunió y eligió presidente a Houssay, quien ejerció eficientemente la presidencia desde 1958 hasta su muerte, o sea durante 13 años. Desde allí pudo realizar varios de sus sueños, como crear muchas becas para que los jóvenes científicos pudieran perfeccionarse en el país o en los mejores centros del extranjero. Los investigadores pudieran contar con subsidios para sus gastos de laboratorio. El ambiente científico cambió radicalmente, se formaron muchos nuevos centros de investigación.

Houssay ejerció la presidencia del Consejo con gran ecuanimidad y eficiencia. Actuaba como elemento moderador frente a los miembros juveniles e impulsivos. Lo que permitió que la institución tuviera considerable continuidad a pesar de los bruscos cambios de la política nacional. Siempre procuró mantener un alto nivel de calidad entre los investigadores del consejo. Esta era una lucha constante porque la tendencia natural es hacia la mediocridad. Así, nunca falta en una comisión alguien que por compromiso, interés o ansiedad quiera defender a algún candidato de regulares méritos. Con su larga experiencia y su juicio penetrante Houssay generalmente podía identificar cuáles eran los investigadores más capaces. Procedía siempre con calma y se enojaba sólo excepcionalmente. Tampoco exteriorizaba mucho su entusiasmo. Alfredo Bordoli una vez habló del "entusiasmo helado" de Houssay; queriendo significar que no era un entusiasmo ruidoso sino duradero, que ayudaba a llegar con seguridad a la meta. No hay duda de que una porción muy grande de la investigación científica que existe en nuestro país se debe a los esfuerzos y a la predica constante del doctor Houssay. Todos tenemos la responsabilidad de continuar la obra que emprendió con un tanto sacrificio y con tanto trabajo. Todos sus discursos merecen ser relidos y hay una parte del que leyó en el Instituto Popular de Conferencias de La Prensa que me parece que resume bien su ideal. Dice así: "Señores: debemos tener fe en el porvenir de nuestro país, en un futuro más o menos próximo. Si nos inspiramos en buenos ejemplos, con una labor intensa y bien orientada, en diez o tres décadas podremos tener en una posición de primera fila entre los países más adelantados. Toda la sociedad estará influenciada, ennoblecida y favorecida por esta situación. Nuestra nación será entonces grande por obra de sus pensadores y sabios. Nuestros hombres serán dignos de su patria y útiles a la humanidad". Lamentablemente la realidad no resultó tan bella.

Sin más,  
un  
carácter

Por Alberto Girri  
Para LA NACION — BUENOS AIRES, 1981

Sin más, lo que se entiende por un Carácter,

aquél cuya principessa dignidad propiada del rigor sobre los propios deseos,

aquél ánimo determinado a no avanzar y retroceder como juguete de la triste reflexión, y dueño de sí, juventud de sus miembros en la belleza de sus Ofelas,

en los éxtasis límites, al aparearse, engendrar, ver morir: la belleza, entonces, como contundencia de los sentidos sobre elásticas y diáfanas texturas,

Y los éxtasis como abusos del alma, paloma por su cobardía en el aparearse, engendrar, y doliente hidra que cuando ve morir se seca.

Aquel que se prohíbe hasta la mínima fisura donde acusadores espectros intentarían asomarse, pedirle cuentas, y sabiéndose firme, seguridad de no tener nunca que rasgar ningún velo entre sus humores y su personaje,

y cuya divisa, aproximadamente, sería "Omnia Hamlet disimilis", lo que se entiende por alguien en todo distinto a Hamlet, la voz, el color de los cabellos y ojos, no rubios y blandos, no azules.